

FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

EL CASO DAUDET

No sabemos si entre las fobias del espíritu reaccionario y antimoderno de León Daudet, figure la del teléfono. Pero sabemos, en cambio, en qué grado Daudet detesta y condena al "estúpido" siglo diecinueve, contra el cual ha escrito una fogosa requisitoria. Se puede chicanear todo lo que se quiera respecto al alcance de este odio del exuberante panfletario de "L'Action Française". No será posible, empero sostener que cabe repudiar legitimamente del siglo diecinueve el pensamiento o la literatura—liberalismo, democracia, socialismo, romanticismo—para aceptar y usufructuar, luego, sin ninguna reserva, su ingente patrimonio material o físico. Y, en ningún caso, la crónica puede dejar de registrar el hecho de que el factor capital de la fuga de León Daudet de la cárcel ha sido el teléfono o, lo que es lo mismo, uno de los instrumentos que forman parte de la herencia del "estúpido siglo diecinueve".

Esta fuga constituye el lance más ruidoso de la aventurera existencia parisina de León Daudet. La excomunión de "L'Action Française", el diario monarquista y católico de Daudet y Maurras, interesó mucho menos



Léon Daudet, jefe del Partido Orleanista francés y Director de "L'Action Française"



Pierre Semard, secretario general del Partido Comunista francés.

al mundo y a la propia Francia, donde ahora parece que el cinematográfico golpe de escena de los "camelots du roi" ha sacudido las mismas bases del ministerio. La política de la Tercera República exhibe en este episodio toda su puerilidad presente. Unos cuantos muchachos monarquistas y un teléfono incógnito bastan para conmoverla, comprometiendo irreparablemente el prestigio de sus cárceles, la seriedad de sus alcaldes y la reputación de su sistema judicial y penitenciario.

León Daudet no cumplía en la cárcel de la Santé una condena política. Su prisión, como es sabido, no se debía a un accidente del trabajo propio de su carrera de panfletista monárquico. Tenía su origen en las acusaciones lanzadas por Daudet contra el funde conciencia, apareció muerto de un balazo en un taxi. La crispada mano del atorrionario de policía que intervino en el descubrimiento del suicidio de su hijo Felipe. Como se recordará, Felipe Daudet, que fugó de su hogar turbado por una oscura crisis

mentado adolescente empuñaba un revólver. El suicidio, según todos los datos, era evidente. Mas León Daudet pretendió que su hijo había sido asesinado. El crimen, a su juicio, había sido planeado en una sombrasa conjuración de anarquistas y policías. Daudet sostuvo esta acusación ante los jueces llamados a investigar el hecho y esclarecer sus responsabilidades. El fallo del tribunal le fué adverso. Y Daudet compareció entonces ante los tribunales, acusado de calumnia. De este segundo proceso, salió condenado a cuatro meses de cárcel.

Su prisión se presenta, por tanto, como un incidente de su vida privada más bien que de su lucha política. Pero en la biografía de un político es sumamente difícil, si nó imposible, separar lo personal, lo particular, de lo político y lo público. Daudet, condenado, encontró la solidaridad de "La Acción Francesa" y de la liga monarquista. Los más ardorosos de sus amigos se aprestaron a resistir por la fuerza a la policía. El local de "La Acción Francesa" se convirtió en una barricada: Daudet acabó siempre por ser aprehendido. Mas, al poco tiempo, los "camelots du roi" se han dado maña para sacarlo de la cárcel.

Es probable que a la carrera política de Daudet le conviniera más el cumplimiento normal de la condena. El prestigio popular de un condotiero se forja en la prisión mejor que en otras fraguas inócuas. Hoy, como ayer, no se puede cambiar un orden político sin hombres resueltos a sufrir la cárcel o el destierro. Este es, por ejemplo, el criterio del partido comunista francés, que no se manifiesta excesivamente interesado en ahorrar a su secretario general, Pierre Semard,—libertado por la treta monarquista al mismo tiempo que León Daudet,—los meses de cárcel a que ha sido condenado a consecuencia de su propaganda revolucionaria.

El hecho de que los "camelots du roi" no sean capaces de la misma actitud, demuestra hasta qué punto estos buenos y bravos muchachos, y su propio capitán, son políticamente negligibles y anacrónicos. Para un revolucionario—Semard, Doriot, Cachin, etc.—una prisión es simplemente un "accidente del trabajo"; para León Daudet es, más bien, una aventura, efecto y causa de otras aventuras. Toda la historia del acérrimo monarquista asume el carácter de una gran aventura, más literaria o periodística que política. Es una gran aventura romántica.

Porque León Daudet que, mancomunado con Charles Maurras, abomina del romanticismo y sus consecuencias políticas e ideológicas, no es en el fondo otra cosa que un romántico, un supérstite rezagado del propio romanticismo que reniega y repudia. Ese romanticismo, a su tiempo, representó la creencia en la revolución liberal, en la re-

pública, etc. Pero al envejecer y degenerar, cuando tales ideales aparecieron realizados, cambió esta creencia, vigente o válida aún, por la pasada y caduca del Rey y la Monarquía. (El nuevo romanticismo, el nuevo misticismo, aporta otros Mitos, los del socialismo y el proletariado).

Ya he dicho alguna vez que si a Francia la aguarda un período fascista, los condotieros de esta reacción no serán, ciertamente, ni Charles Maurras ni León Daudet. Los directores de "L'Action Francaise" tendrían que contentarse en la historia del hipotético fascismo de Francia con el rol de precursores literarios o a lo sumo espirituales, esto es con el mismo rol asignado, verbigratia, a D'Annunzio y Marinetti en la historia del fascismo de Italia. Casi seguramente, el fascismo en Francia se acomodaría a la república, del mismo modo que en Italia se ha acomodado a la monarquía. Los servicios de Daudet y de Maurras a la causa de la reacción no ganarían demasiado en categoría. Por lo pronto, el embrionario fascismo francés que tiene en George Valois su promotor o capitán, se presenta en abierta disidencia con los monarquistas de "La Acción Francesa", a los que, por otra parte, la Iglesia no habría excomulgado si existiera alguna razón para que el catolicismo y la monarquía asociasen en Francia sus destinos.

El rabelaisiano y bullicioso panfletista de "L'Action Francaise", a pesar de este y otros episodios y aventuras, no muestra mucha aptitud de cumplir en Francia una considerable función histórica. Es un hombre de mucho humor y bastante ingenio a quien en el periodismo y el parlamento franceses bajo la Tercera República, no le ha sido muy difícil echar pestes contra la democracia y pasar por un temible demoleedor. No le ha faltado en su aventura periodística y literaria el viático de opulentas duquesas y graves abates. Su declamación panfletaria se ha acogido a los más viejos principios de orden, de tradición y de autoridad. Y, en su prisión, lo que más lo ha afligido,—si atendemos a la preocupación de Madame Daudet—ha sido la deficiencia del menú, la parvedad de la mesa.

Por mucho que se trate de idealizar su figura, ciertamente pintoresca y bizarra. Daudet resulta, en último análisis, un pequeño burgués gordo y ameno, de tradición un poco bohemia y un mucho romántica, descendiente de esos cortesanos algo liberales y heréticos del siglo XVI o XVII que desahogaban en la charla salaz y en la mesa copiosa su vivacidad exuberante incapaz de ninguna rebebería real contra el Rey, aunque inclinada a reirse secretamente de sus cuernos, sus años y su reuma.

José Carlos MARIATEGUI